

"El Duelo"

Hebreos 9:27 dice que, “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio.” Sí, todos enfrentaremos el día en que nuestras vidas en esta tierra llegarán a su fin. Enfrentamos la pérdida de abuelos, padres, hermanos y otros parientes importantes, amigos, y tristemente, incluso nuestros hijos. Cada pérdida nos da motivo para lamentarnos. Eclesiastés 12:7 dice que, “y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.” La muerte es ese momento en que nuestros espíritus vuelven a Dios que nos hizo. Morimos a esta vida “debajo del sol”, sí, pero nuestros espíritus viven.

En la cruz, recordarás, Jesús le dijo al ladrón: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). El Señor claramente dice que sobreviviremos y estaremos conscientes más allá de esta vida. El Señor esperaba ver al ladrón en el Paraíso ese mismo día. Hay un espíritu interior que sobrevive a la muerte y está consciente. Ahora, esta vida aquí y ahora no es todo lo que hay. Para el cristiano, hay la promesa de vida con Dios para siempre, y eso da consuelo a los fieles.

Nuestra lectura de hoy viene de 2 Corintios capítulo 1, versículos 3 al 5, y aquí el apóstol Pablo habla del consuelo que recibió aun en los tiempos de aflicción:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación.”

Eso sigue siendo verdad aún hoy. Esta es palabra de Dios. Oremos juntos. Padre Celestial, estamos agradecidos por el consuelo que recibimos de Tus manos. Y estamos agradecidos, Padre, porque Jesucristo estuvo dispuesto a morir por nosotros en la cruz para que tengamos perdón de pecados. Te agradecemos que lo resucitaste de los muertos para que tengamos vida más allá de esta vida. Padre, oramos para que siempre hagamos Tu voluntad y confiemos en Ti. En el nombre de Jesús, Amén.

Hebreos 9:27 dice que “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio.” Santiago 2:26 explica: “Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.” Ahora bien, nuestros cuerpos carnales mueren, pero nuestros espíritus continúan. 2 Corintios 5:6-8 nos recuerda: “Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.”

Jesús, como hemos dicho, le dijo al ladrón en la cruz: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.” Ahora, la palabra “paraíso” se usa tres veces en las Escrituras, y cada vez se refiere al reino celestial donde van los justos después de la muerte. En 2 Corintios 12:2-4 el paraíso se equipara al tercer cielo, el lugar donde habita Dios. Cuando Jesús murió, fue a ese lugar invisible de espíritus justos donde habita Dios. En Apocalipsis 2:7, el paraíso de Dios es donde está el árbol de la vida. Y si el alma de Jesús no fue abandonada en el Hades, sino que fue al Paraíso, entonces el Hades debe contener un lugar donde las almas justas son consoladas. Cuando un ser querido justo muere, irá al Paraíso. No tenemos razón para llorar por ellos y su situación. Es correcto que lloremos por nosotros mismos y nuestra pérdida. Y eso es lo que hacemos. Hemos perdido a alguien precioso para nosotros, y es correcto llorar.

Pablo explicó que la muerte para el cristiano no es algo malo. Escribió en Filipenses 1:21-23: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor.” Ahora bien, hay muchas cosas peores que la muerte para el cristiano. Estar en el Paraíso es “muchísimo mejor” que cualquier cosa que conozcamos en esta vida. Pablo podía decir en Romanos 8:18: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.” Podemos tener un tiempo difícil ahora, pero la gloria que tendremos con Cristo hará que todo parezca como nada ante nosotros.

Cuando pertenecemos a Cristo, ya no somos nuestros. Cuando pertenecemos a Cristo, Él cuidará de nosotros no solo en esta vida, sino también en la venidera. Romanos 14:7-9 nos informa: “Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven.” Así que, tanto en esta vida como en la vida venidera, nuestra relación con el Señor Jesús importa. Entonces, cuando un ser querido fiel muere, podemos tener consuelo de que él o ella está en las manos de un Salvador amoroso y justo, Jesucristo.

Ahora bien, no pienses que el Señor no sabe el dolor que estás sufriendo ahora si estás lamentando la pérdida de un ser querido. No imagines que Él está lejos de ti o que no le importa. Si eres cristiano, eres hijo de Dios y seguidor de Jesús. Y nada escapa a Su atención. El Señor Jesús les dijo a sus discípulos en Mateo 10:29-31: “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos.” Dios lo sabe y Dios cuida de ti.

El Señor Jesús sabía lo que era sufrir la pérdida de un ser querido. Y cuando Jesús oyó que Lázaro estaba enfermo, se demoró en salir del lugar donde estaba al otro lado del Jordán para ir a Betania, a la casa de María y Marta. Jesús tenía una relación muy cercana con esta familia. Juan 11:33-35 dice: “Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró.” Una traducción dice que Jesús “estalló en llanto”. Jesús se entristece cuando las personas que ama sufren. Él sintió el dolor de María y Marta, y te aseguro que el Señor también siente tu dolor.

Las Escrituras registran numerosas ocasiones en que las personas lloraron por la pérdida de un ser querido. En Génesis 37:31-35 leemos sobre el dolor de Jacob por lo que él pensaba que era la pérdida de su hijo José. La Escritura dice: “Entonces tomaron ellos la túnica de José, y degollaron un cabrito de las cabras, y tiñeron la túnica con la sangre; y enviaron la túnica de colores y la trajeron a su padre, y dijeron: Esto hemos hallado; reconoce ahora si es la túnica de tu hijo, o no. Y él la reconoció, y dijo: La túnica de mi hijo es; alguna mala bestia lo devoró; José ha sido despedazado. Entonces Jacob rasgó sus vestidos, y puso cilicio sobre sus lomos, y guardó luto por su hijo muchos días. Y se levantaron todos sus hijos y todas sus hijas para consolarlo; mas él no quiso recibir consuelo, y dijo: Descenderé enlutado a mi hijo hasta el Seol. Y lo lloró su padre.” Los hermanos de José le mintieron a su padre, pero el luto de Jacob fue una experiencia verdaderamente devastadora.

Las Escrituras señalan a Job como alguien que sufrió, pero se mantuvo firme en su fe en Dios. En un solo día, Job perdió todas sus ovejas, camellos, bueyes, asnos y la mayoría de sus siervos. Luego recibió

la noticia sobre sus diez hijos. Job 1:18–21 relata lo sucedido: “Entre tanto que este hablaba, vino otro que dijo: Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano el primogénito; y un gran viento vino del lado del desierto y azotó las cuatro esquinas de la casa, la cual cayó sobre los jóvenes, y murieron; y solamente escapé yo para darte la noticia. Entonces Job se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.”

El dolor de perder a los diez hijos de una sola vez es indescriptible. Más tarde, Job fue afligido con una enfermedad dolorosa. Sus amigos resultaron ser pésimos consoladores, diciéndole que su pecado era la causa de todo su sufrimiento. Aunque Job era un hombre temeroso de Dios, Satanás fue la verdadera causa de su dolor y sufrimiento. Al final del libro, Dios restauró las pérdidas de Job. Y las restauró al doble, y tuvo diez hijos nuevos. Oh sí, Dios cuidó de Job.

A causa del pecado de David con Betsabé y su culpabilidad en la muerte de Urías, el Señor castigó a David. 2 Samuel 12:15 al 23 dice: Y Natán se volvió a su casa. Y Jehová hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David, y enfermó gravemente. Entonces David rogó a Dios por el niño, y ayunó David, y entró, y pasó la noche acostado en tierra.

Y se levantaron los ancianos de su casa, y fueron a él para hacerlo levantar de la tierra; mas él no quiso, ni comió con ellos pan. Y al séptimo día murió el niño; y temían los siervos de David hacerle saber que el niño había muerto, diciendo entre sí: Cuando el niño aún vivía, le hablábamos, y no quería oír nuestra voz; ¿cuánto más se afligirá si le decimos que el niño ha muerto?

Mas David, viendo a sus siervos hablar entre sí, entendió que el niño había muerto; por lo que dijo David a sus siervos: ¿Ha muerto el niño? Y ellos respondieron: Ha muerto. Entonces David se levantó de la tierra, y se lavó y se ungió, y cambió sus ropas, y entró a la casa de Jehová, y adoró. Después vino a su casa, y pidió, y le pusieron pan, y comió. Y le dijeron sus siervos: ¿Qué es esto que has hecho? Por el niño, viviendo aún, ayunabas y llorabas; y muerto él, te levantaste y comiste pan. Y él respondió: Viviendo aún el niño, yo ayunaba y lloraba, diciendo: ¿Quién sabe si Dios tendrá compasión de mí, y vivirá el niño? Mas ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí.

David estaba lleno de remordimiento y dolor por sus pecados, pensando que quizás Dios salvaría a su hijo. El niño murió, pero la muerte de un niño significa que van a estar con Dios. La fe de David era que él podría estar con su hijo una vez más cuando partiera de esta vida. David escribió en el Salmo 30:5, “Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría.” Oh, lloramos en esta vida por los que perdemos, pero tenemos confianza como cristianos de estar con ellos en la vida venidera.

Pablo escribió en 2 Corintios 4:16 al 18: “Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.” Los cristianos tienen la esperanza y el consuelo del Señor Jesús y un hogar en el cielo.

1 Tesalonicenses 4:13 al 18 da a los cristianos esperanza, promesa y consuelo. Hay una gran diferencia entre la persona que sigue a Cristo y la persona que no lo hace. Pablo escribió: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los

otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él.

Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.” Un día el Señor Jesús vendrá por Su pueblo y los bendecirá eternamente. Efesios 2:7 nos dice que Dios ha preparado nuestro hogar eterno en el cielo. En los siglos venideros Él mostrará “las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.” Nuestra esperanza está en el Señor Jesucristo. Solo en Cristo podemos encontrar consuelo. Porque Jesús resucitó de los muertos, nosotros también un día podremos resucitar y estar con el Señor para siempre. ¿Pertenece al Señor?

Oremos juntos. Padre celestial, te damos gracias por la promesa que nos has dado por medio de tu Hijo Jesús, ya que Él resucitó de los muertos. Y Padre, oramos para que te sirvamos y te amemos todos los días de nuestra vida. Esta es nuestra oración en el nombre de Jesús, Amén. Algunas personas son lo que los sociólogos llaman “los que no.” Los que no creen en Dios, no saben si hay un Dios o no les importa si Dios existe. Ahora, los “que no” realmente no tienen nada que ofrecer a una persona moribunda. No tienen nada que ofrecer a una familia en duelo. Cuando Dios no importa, toda esperanza y significado son en vano. Pero porque Dios resucitó a Jesús de los muertos, sabemos que hay una vida después de la muerte y un Día del Juicio. Y porque Jesús un día resucitará a los fieles que le obedecen, podemos tener esperanza de vida eterna. Pero aquellos que no tienen una relación con el Señor no tienen esa esperanza.

El cristiano que ama, cree en Dios y sigue a Cristo puede encontrar consuelo, incluso en la muerte. Al enfrentar la muerte, Pablo escribió en 2 Timoteo 4:6 al 8: “Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.”

¿Amas al Señor? ¿Crees en Él? Sabes que para estar bien con el Señor debes amarlo y creer en Él. Creer en Él significa que crees que murió en la cruz por tus pecados y que resucitó de los muertos. Crees que Él es el Señor, y por eso debes arrepentirte de tus pecados. Debes estar dispuesto a confesar que Jesucristo es el Hijo de Dios, y a ser bautizado en Cristo para el perdón de tus pecados (Hechos 2:38). Cuando lo haces, Dios lavará tus pecados (Hechos 22:16) y te dará libertad del pecado y una vida nueva (Romanos 6:3 al 7). Oh, ¿Vendrás hoy al Señor para ser salvo?